

RUBÉN DARÍO Y NARCISO TONDREAU, ÍNTIMOS AMIGOS EN CHILE

LA AMISTAD entre Rubén Darío y Narciso Tondreau, a quien Darío conoció en Chile, duró sólo los pocos años que pasó el gran vate nicaragüense en Chile (1886-1889). Cuando Darío le escribió por primera vez en abril de 1887, le saludó como "Mi querido señor Tondreau"; cuando partió de Chile unos dos años más tarde le consideraba como su mejor amigo. Dedicuemos, pues, un rato a conocer mejor a este íntimo amigo y a explorar los vínculos de que gozaron los jóvenes.

Dos aspectos importantes de la vida de Rubén Darío se destacan durante aquellos años formativos que pasó entre los mejores poetas, cuentistas, y periodistas de Chile. En 1888 publicó *Azul*, la primera obra literaria que le trajo fama, y también fue en Chile donde trató con el hijo del presidente del país, Pedro Balmaceda Toro, a quien immortalizó en otra obra, *A. de Gilbert*. Otro aspecto, y el que nos ocupa ahora, es su amistad con Narciso Tondreau, un colega en el periodismo y la literatura.

En 1886, llegó Darío a Chile, provisto de cartas para hombres importantes en Santiago y Valparaíso. Se las había entregado el general Juan José Cañas, poeta y amigo que conoció en El Salvador. A poco de llegar, se incorporó a la vida literaria, gracias a esas cartas. En aquel entonces, el país de Chile pasaba por una época de esplendor, y al puerto de Valparaíso llegaban buques de varias partes de Europa. Los mejores artistas de todos los países aparecían en sus teatros; los gustos franceses predominaban tanto en la arquitectura como en la vida cultural.

Darío se unió pronto a la vida cultural y periodística; trató con la gente más instruida y con los jóvenes literatos de Valparaíso así como de Santiago. Entre este grupo andaba Narciso Tondreau Valin, que tenía unos seis años más que Darío; había nacido en 1861. Sus padres eran franco-canadienses; era hijo de Luis Fernando Tondreau y Adela Valin, quienes eran oriundos de St-Hyacinthe (o San Jacinto), regado por el Río Yamaska en los Cantones del Este de Quebec.

Llevo mucho tiempo interesándome en este amigo de Rubén y sigo buscando informes sobre la vida de la familia en el Canadá. Hace poco me escribió el señor Eugène Côté, dueño de la compañía, J. A. & M. Côté, Ltée. de St-Hyacinthe, fabricantes de zapatos:

Ma mère (Carolie Richer) était la petite-fille de Jean-Baptiste Richer et de Marie Tondreau. Je me rapelle que dans ma famille, alors que j'étais jeune, il était souvent question des pressions que les Tondreau avaient faites, autour de 1850, pour attirer mon grand'père et d'autres citoyens de St-Hyacinthe vers le Chili.¹

Llegó la familia de Narciso Tondreau a tierras chilenas de esta manera: el hermano de Adela, Guillermo Valin, se fue a California atraído por el descubrimiento de oro allí. Después viajó al sur y por fin se instaló en La Serena, Chile, capital de la provincia de Coquimbo, a unos quinientos kilómetros al norte de Santiago. Según lo que les escribió el hermano de Adela sobre la prosperidad de Chile y el clima sabroso y templado durante todo el año, les decidió a trasladarse allá. Es posible que haya pensado la madre de Tondreau igual que *la mère Chapdelaine* en la novela, *Maria Chapdelaine*, escrita por el bretón, Louis Hémon, que viajó al Canadá donde pasó el resto de la vida estudiando y apreciando la vida canadiense, especialmente la de Quebec:

Que ce doit donc être plaisant de vivre dans un pays où il n'y a presque pas d'hiver, et où la terre nourrit les hommes et les animaux. Ici, c'est l'homme qui nourrit les animaux et la terre, à force de travail.²

Sea lo que fuere, los padres de Narciso emigraron a Chile; pasaron el resto de la vida en La Serena donde fueron enterrados. Su hijo, Narciso, nació allí, el 25 de octubre de 1861, unos tres meses después de la llegada de la familia.

Cuando tenía Narciso Tondreau ochenta años, lo entrevistó el profesor Francisco Guerrero. Recordaba bien a Rubén Darío con quien trató mucho y habló de sus memorias:

En mi mocedad lo fui [periodista]. Colaboré en *La Época*, que dirigía en Santiago Eduardo MacClure. Tengo a *La Época* como el mejor de los diarios chilenos de entonces. Era notable por el sello de distinción, de aristocracia, que había tanto en su presentación material como en sus colaboraciones... Fui muy amigo de Rubén. Él también pertenecía a la redacción de *La Época*. Frecuentemente paseábamos juntos en esas "tardes maravillosas en el cerro de Santa Lucía, en los crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño." El cerro era uno de los sitios predilectos de Rubén. Una tarde que ambulábamos en

¹ La carta lleva la fecha del 4 de enero de 1968.

² Louis Hémon, *Maria Chapdelaine*. Paris, Arthème Fayard & Cie, Editeurs, 1936, p. 22.

él, se nos ocurrió escribir versos en el libro de mármol que decoraba un monumento. Como el libro estaba abierto, Rubén escribió en una página y yo lo hice en la otra. Saqué copia de esos versos y los he conservado entre mis papeles más íntimos.³

Tondreau habló del grupo que se reunía en las tertulias frecuentes de *La Época*, y de que Darío formó parte recién llegado a Chile. Sigue Tondreau recordando estas reuniones:

Nuestros temas eran de arte, de literatura y algunas veces de política. Salían a discusión las escuelas poéticas de París: los decadentes, los simbolistas, los parnasianos. Comentábamos las obras o los poemas de Armand Silvestre, de Baudelaire, de Catulo Mendès; los "Poemas Bárbaros" de Leconte de Lisle, "Los Trofeos" de Heredia; las novelas de Loti; "Las Neurosis" del extraño y melancólico Mauricio Rollinat. También hablábamos de los grandes novelistas rusos.⁴

Según Tondreau, fue él mismo quien tradujo primero al español algunas de las poesías de Jean de Richepin que se publicaron después en *La Época*. Recuerda que un señor Chopis, comerciante francés y dueño de una tienda de artículos para señores, siempre pedía las novedades literarias de Francia para estos jóvenes porque sabía de antemano que al grupo de literatos de *La Época* les interesarían y se las comprarían. De esta manera los jóvenes podían leer los libros más recientes de los escritores franceses. En la biblioteca de Tondreau había un libro que compró al señor Chopis y llevaba una fecha de Santiago poco después de su aparición en París.

Tondreau fue una persona muy culta e instruida; se dedicó a la vida pública como educador, político, escritor y periodista durante unos cincuenta años. Cursó los estudios humanísticos en el Seminario de La Serena y dio sus primeras clases en esa ciudad. Fue profesor de latín y de gramática. Recibió el título de abogado durante la época en que Darío llegó a Chile pero nunca ejerció la profesión. Fue además colaborador en varios periódicos y revistas del país. Después de los revueltos sucesos políticos de 1891, Tondreau todavía desempeñaba algunos puestos políticos, pero dedicó la mayor parte de su vida a la enseñanza.

Narciso Tondreau pensaba que el grupo de *La Época* influyó mucho en el desarrollo literario de Rubén Darío:

³ Francisco Guerrero, "En casa de Tondreau", *Boletín del Instituto Nacional*, Chile, 1941, p. 27.

⁴ Guerrero, *loc. cit.*

Creo que esa influencia fue decisiva para su orientación lírica hacia las nuevas escuelas francesas. No pienso —como dicen algunos— que el bagaje de lecturas que trajo de Centroamérica haya sido incipiente. Era sí, la suya, una cultura clásico-romántica. Víctor Hugo era su Dios. Entre los contertulios de la redacción de *La Época* sobresalían, por su versación en letras francesas, Pedro Balmaceda y, más aún, Alberto Blest Bascañán, hijo de nuestro gran novelista Blest Gana. A este joven, educado en París y que firmaba sus artículos literarios con el nombre de Ito Blest, debió nuestro círculo un buen aporte de cultura contemporánea francesa. Como es sabido, ambos jóvenes murieron prematuramente.⁵

Se conoce más a Tondreau por el prólogo que escribió Darío para *Asonantes*, un libro de poesía de Tondreau. Este trato lo recuerda Tondreau de la siguiente manera:

He publicado un solo libro: *Penumbras*, colección de poesías impresas el mismo año que *Abrojos*, de Rubén, en 1887. Me lo prologó Jorge Huneeus Gana. Tengo otro libro de versos, que aunque está preparado desde hace largo tiempo, todavía lo conservo inédito. Se intitula *Asonantes*. Para él, Darío escribió un prólogo muy interesante que ya ha sido publicado varias veces. No sé por qué en algunos libros o revistas ha aparecido fragmentado.⁶

Es verdad que por lo general el prólogo está fragmentado tal como lo dice Tondreau.

Para apreciar a Tondreau y sus características literarias, quisiera citar unos trozos del prólogo de Darío. Vale la pena notar la gran sensibilidad literaria del nicaragüense cuando tenía sólo unos veintidós años.

Recién llegado, había recibido un libro nuevo de versos titulado *Penumbras*. Dos poemitas, composiciones sueltas y traducciones de Horacio. Léí el volumen y publiqué un artículo lleno de elogios que algunos calificaron de exagerados. ¡Bah! Poco me importaba lo que dijese. Había sentido el soplo de una poesía verdadera en aquel libro lleno de estrofas magníficas y también de estrofas malas. Tiempo después, elogios iguales a los míos y aún más lisonjeros, recibió el autor de Valera, Menéndez Pelayo y Núñez de Arce. . . . En *Penumbras* se advertía el convencionalismo de factura, que todavía subsiste en muchos autores de versos de España y Sur América, convencionalismo que viene de lejos; la imitación de Teresa, del duque de Rivas, del mismo Espronceda. Esa fue la primera manera de Tondreau. . .

⁵ Guerrero, *loc. cit.*

⁶ Guerrero, *loc. cit.*

Cuando publiqué el juicio sobre *Penumbbras*, hábale hecho notar su poder en la descripción, su valentía de imágenes, y su peculiaridad de *forestier*.⁷

Darío considera a Tondreau un verdadero amante del arte, y no un aficionado. Casi cree que es tanto poeta como músico, con la pluma y con el piano. Los maestros alemanes lo atraían: Schubert, Schumann, Wagner, y Beethoven. Recuerda que estando la cantante, La Gioconda, y el barítono, Menotti, en Chile, los dos se hicieron íntimos amigos de Tondreau, quien era por aquel entonces crítico de teatro para *La Época*. Tondreau vivía en una calle cerca de la Alameda y a menudo cuando Darío iba a buscarlo, éste se paraba en la escalera para no interrumpir una sonata de piano que tocaba. Luego, lo encontraba en su cuarto, lleno de papeles, libros y japerías que había comprado con unas pesetas en la Ville de París.

En *Penumbbras*, el primer libro de Tondreau, se encuentran un poema para el pianista, Gottschalk, y otro para la actriz, Sarah Bernhardt. Hay poemas traducidos del francés y del latín así como algunos escritos en el estilo de esas lenguas. Tondreau ensaya varios tipos de estrofas y versos, inclusive poemas de forma clásica, de rimas, además de un poema "Capricho", con el subtítulo de "Estudio de metros cortos" en que se encuentran versos de tres hasta ocho sílabas. Dedicó el libro a su madre; lo hubiera dedicado a su hermana Emelina si no se hubiera muerto cinco años antes. De ella habla el poeta en un poema de nueve cantos que describe su vida truncada y lo que había sufrido el poeta a causa de su muerte.

Tondreau tiene gran interés en las metáforas y muchas expresiones en el poema "Las Culebras en mis Versos" se pueden comparar con las greguerías de Gómez de la Serna.

A Darío le gustó tanto la manera de Tondreau que le sugirió que redactara un poema original que llevaría como título, "El Bosque". Al principio no quiso escribirlo, pero Darío, quien acababa de leer "La Mer" de Richepin, le mandó esa obra. La leyó y de ahí se fecha el nuevo estilo de Tondreau. Los nuevos versos, explica Darío, tienen savia y sangre. Sigue:

⁷ Diego Manuel Sequeira, *Rubén Darío Criollo en El Salvador*, León, Nic., Editorial Hospicio, 1964, pp. 41 y 42. Este prólogo lo localizó por primera vez la autora de este trabajo en la revista *Repertorio Salvadoreño*, Tomo III, núm. 1 (San Salvador, julio de 1889), pp. 15-27. Hace poco fue publicado por el doctor Diego Manuel Sequeira en el libro ya mencionado. Por lo general, se puede consultar el libro más fácilmente que la revista, y por eso, todas las demás notas se refieren a las páginas del libro del Dr. Sequeira.

Tiene el ruido del viento, los perfumes campestres, las inclinaciones casi sacerdotales y misteriosas de los grandes árboles, la yema que se hincha, el ave en la rama en flor, y las cadencias de las farándulas al son de la cornamusa. Las palmas se yerguen líricamente, el viento sopla en sus órganos, la tierra, preñada y virgen, sustenta al bosque solemne. Pan rubicundo, anima la naturaleza cantando en la montaña.⁸

Leyendo los versos de Tondreau, Darío piensa que debe haber visto los trópicos donde hay selvas inmensas y vías sin salida, donde la tierra es como esponja y Flora reina: en el bosque silvestre de los robles, coronados de pájaros, de fragancias y de movimiento continuo.

Darío compara la técnica de Tondreau para con el bosque con la de Lotí y Richepin frente al mar. Según Darío, Tondreau se iguala a Baudelaire; éste tenía la particularidad de los perfumes, aquél la de los sonidos. Para Tondreau el viento se divide en mil ruidos extraños y desconocidos que para la mayoría de la gente son nada más que armonías vagas.

Se encuentra aquí la única indicación del origen de la familia de Tondreau porque Darío explica que lo raro en su amigo es que nunca ha contemplado el bosque pero lo adivina. Sus padres, dice, fueron canadienses, cerca del lugar donde Longfellow imagina a la enamorada Evangelina, tierras de grandes bosques con gigantescos árboles salvajes. Tondreau mismo, prosigue, nació en Chile donde se ve más la blancura de la nieve andina que los densos bosques verdes. Uno se pone a pensar cuántas veces los jóvenes, Darío y Tondreau, debieron hablar de paisajes lejanos y del bosque canadiense porque es difícil pensar que sólo la técnica poética de Tondreau hubiera inspirado a Darío que sugiera a su amigo la redacción de tal obra.

Aunque Tondreau usa algunos refinamientos de la versificación francesa, Darío nota que los metros característicos de Tondreau son los españoles, que suenan mejor y superan mil veces a los franceses. La crítica de Darío para con Tondreau prosigue:

La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.⁹

En el Prólogo, Darío ofrece una descripción de *Ars Religio Mea*,

⁸ Sequeira, p. 44.

⁹ Sequeira, p. 45.

una bella silva asonantada de Tondreau, que considera la profesión de su fe artística. El arte para él es su religión, el azul. Se deja dirigir por la célebre fórmula del "arte por el arte", la veneración de lo bello, independiente de lo útil y de lo moral.

Antes de terminar el prólogo, Darío mira hacia el futuro en lo que toca a Tondreau. Está seguro de que va a seguir adelante y de que tendrá gran fama. Para él no hay obstáculos. Darío considera *Asonantes* como una obra maestra y el que lea no más que un verso apreciará que el entusiasmo de Rubén es justo y que la amistad no ha influido en la justicia.

Además del interés común en su trabajo periodístico y en las obras literarias de Tondreau, los jóvenes colaboraron en otros proyectos. Hicieronse mutuos elogios de sus obras por medio de artículos o notas en el periódico. Se dedicaron poesías y hubo otras formas de colaboración que se revelan en las cartas que intercambiaron.

Cuando Darío llegó a Santiago desde Valparaíso para recibir el premio que ganó en el Certamen Varela por su "Canto épico a las glorias de Chile", los dos amigos concibieron la idea de crear un *Romancero de la Guerra del Pacífico*. Redactaron un esquema y publicaron un folleto.

Se anunció el concurso el 15 de noviembre de 1887; el término del plazo sería el 31 de diciembre de 1887. Prorrogaron el fin del plazo hasta el primero de agosto de 1888; para la fecha de enero ya se habían inscrito unos veintiséis autores. Se debía publicar el tomo para el 18 de septiembre. Según los informes del gran darista, el Prof. Raúl Silva Castro, eminente crítico literario de Chile y autor de varios textos valiosos sobre Rubén Darío, el libro nunca vio la luz del día; un poema que debía formar parte de la obra se publicó en junio de 1888 como homenaje a su autor, José Victorino Lastarria, quien murió durante aquella época.

Se puede apreciar la amistad de los jóvenes literatos por el carteo entre ellos.¹⁰ Alberto Ghirardo ha publicado estas cartas en su libro *El archivo de Rubén Darío*. Es de lamentar que según Francisca Sánchez, compañera y báculo de Rubén Darío, el señor Ghirardo le tomara a ella estas cartas cuando le hizo una visita en Navalsauz hace muchos años y por eso no forman parte del Seminario-Archivo Rubén Darío.

¹⁰ Se pueden leer todas las cartas aquí mencionadas en el libro escrito por Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, pp. 337-46.

La primera carta del grupo que se puede leer fue escrita por Rubén a Narciso desde Valparaíso, el 3 de abril de 1887. Le llama "Sr. Tondreau" y pide perdón por no haberle escrito antes; el retraso fue por la mala salud de Darío. Le manda un ejemplar de su libro *Abrojos* porque le considera uno de los mejores escritores aunque todavía no lo conoce personalmente. Mencionemos aquí que Darío llegó a Chile casi un año antes de este trato con Narciso; llegó el 24 de junio de 1886. Es posible que el retraso en conocerse personalmente fuera porque Tondreau trabajaba en aquel entonces como periodista con *Los Debates*, y sólo se conocían por medio de amigos.

Otra carta a Tondreau indica que Darío le escribe a él así como a dos otros amigos pidiendo que le visite en su casa, Nataniel 51, donde está enfermo. Hay otra carta que trata de tres traducciones de Richepin que hizo Tondreau y que se publicaron en el periódico. Además se encuentran cartas de recomendación de parte de algunos amigos de Darío, junto con una expresión de agradecimiento por haber publicado el prólogo de *Azul*, escrito por don Eduardo [de la Barra]. También en su carta del 18 de junio de 1888 pregunta por la obra *Asonantes* que espera que salga pronto.

La última de esta serie, publicada por Ghiraldo, fechada el 26 de diciembre de 1888, nos informa del trato de Darío entre los literatos de Chile. Explica que varios periódicos, inclusive *La Época* para el cual escribía, tenían vínculos con *El Imparcial* de Madrid. Aquellos periódicos publicaron todas las cartas literarias de Valera menos las que escribió Valera en elogio de *Azul* (y que forman el prólogo a la segunda edición que se publicó en Guatemala en 1890). Pensaba Darío que el elogio de Valera fue impresionante, más que cualquier persona le había otorgado, y que la divulgación de esas cartas en el periódico les hubiera molestado; por eso no las publicaron. Darío, por medio de esta carta, cumple con la petición de Tondreau de que le mande las cartas de Valera, pero le envía sólo una porque se le había extraviado la otra. Es posible, dice, que uno de los muchos amigos españoles de Tondreau tenga copia de la que le hace falta. Para terminar dice que está contento que Tondreau haya decidido redactar el poema "El Bosque" porque él es el único autor del país que lo puede hacer. Sin embargo, está seguro que sólo unos pocos colegas del Ateneo están de acuerdo. Indica que sale pronto para Panamá; predice que habrá muchos que estarán contentos de su salida, inclusive él mismo.

Esta carta muestra una nota de pesimismo y el deseo de salir del país donde había pasado tres años. Se sabe que escribió a todas sus amistades pidiéndoles ayuda para emprender el viaje. Tondreau mos-

tró ser verdadero amigo de Rubén porque le ayudó casi más que nadie a buscar el dinero para la salida; partió el 9 de febrero de 1889.

Tondreau revela en su entrevista que ayudó también a Darío a escribir ciertas partes del prólogo de *Asonantes*; no indica cuáles sean. Para el poema "Lo que son los poetas", escrito por Darío en Valparaíso en 1888, Tondreau le brindó el verso, "flotando al aire antes las huestes griegas" donde hacía falta una línea asonantada. *Asonantes* no se publicó mientras Darío estuvo en Chile; efectivamente, el libro permanecía sin publicar en la biblioteca de Tondreau cuando lo entrevistaron en 1941. Según lo que he podido averiguar, desgraciadamente todavía está inédito sin que yo sepa dónde se encuentra el original.

Francisco Gavidía, gran amigo de Rubén Darío, publicó el prólogo por primera vez en *Repertorio Salvadoreño*, en julio de 1889. Algunas partes salieron más tarde en las *Obras completas* de Darío publicadas por Afrodísio Aguado. El último párrafo del prólogo saluda a Tondreau a través de las millas desde el ardiente trópico (El Salvador) y le manda sus deseos que Chile, su segunda patria (como lo denomina), siga adelante, que sea más glorioso, y que triunfe más.

Parece que fue imposible que Tondreau siguiera con su actividad literaria, el eminente Prof. Raúl Silva Castro lo comenta así:

El bosque, poema anunciado por Tondreau en esos días a que se refiere Darío, quedó incompleto o por lo menos en parte inédito hasta la muerte de su autor [1949]. Muchos años después señalaba éste todavía su existencia al publicar en *La Ley*, suplemento literario de 25 de junio de 1899, *El Viento*, y al presentarlo como *Fragmento del poema inédito El bosque*.¹¹

Pero *Asonantes* jamás salió a la publicidad, y su autor, distraído por labores administrativas y docentes (fue, por ejemplo, por muchos años, rector del liceo de Chillán), se limitó a reproducir de vez en cuando en revistas, las composiciones que debían formar ese volumen, ya que, en sustancia, parece no haber producido ninguna nueva.¹²

Recordemos que Darío pronosticó que Tondreau seguiría con éxito una carrera literaria. Sin duda, el prólogo de *Asonantes* escrito por Darío se publicó en el *Repertorio Salvadoreño* a causa de la amistad que reinaba entre Darío y Gavidía, el redactor de aquella revista. Cuando salió Darío de Chile en 1889, se dirigió inmediatamente a El Salva-

¹¹ Raúl Silva Castro, *Rubén Darío a los veinte años*, 2ª ed. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1966, p. 303.

¹² Raúl Silva Castro, *Panorama literario de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1961, p. 55.

dor y luego a Guatemala donde publicó parte del prólogo en *El Correo de la Tarde*, el periódico de que fue redactor de 1890 hasta 1891. Aparentemente no guardó ni recibió ninguna obra de parte de su estimado amigo chileno para publicar. Así, parece que Tondreau, amigo de Darío durante la época chilena de la vida del vate nicaragüense, cayó en el olvido. Según la opinión de Darío sobre el estilo literario y la influencia de este amigo de padres francocanadienses, se ve que vale la pena seguir buscando y evaluando su contribución a la literatura.

EVELYN UHRHAN DE IRVING

Carson-Newman College
Jefferson City, Tennessee, USA